

## Madrid siglo XIX: Capital cultural del sueño liberal

JUAN CARLOS MORAGA VIDAL

El incipiente estado-nación español que se desarrolló durante el siglo XIX precisaba de una ciudad que articulara los deseos centralizadores y unificadores del proyecto liberal. Madrid debía ser aquel espejo en el que se reflejara una identidad local capitalina, y simultáneamente otra provincia periférica. Además de reformular el mapa nacional ejerciendo de centro político, la ciudad tenía que reforzar su poder como centro comercial y cultural. La novela realista, el teatro burgués, o la prensa ilustrada fueron vehículos de ideología liberal capitalista durante el siglo XIX. El presente artículo se acerca a diferentes formatos de producción cultural de extensión reducida, como artículos de prensa; publicaciones episódicas, como el folletín; o de breve duración temporal, como la zarzuela. Los ejemplos analizados en mi estudio fueron emitidos desde Madrid y enseñan ciudadanía e ideología liberal valiéndose de medios que alcanzan diferentes capas sociales de manera masiva.

Jo Labanyi en *Gender and Modernization in the Spanish Novel* (2000) explora las relaciones que se establecen, a finales del XIX, entre la creación de un canon textual y los intentos de consolidación en España de un estado moderno: “The attempt to write the nation into existence through law is paralleled by the attempt to construct it in fiction” (3). El análisis de la autora se centra en el desarrollo de la novela realista y de cómo ésta ayuda a construir el sentido de una comunidad imaginada (7). La autora emplea el término de Benedict Anderson en relación con la novela realista para destacar el papel fundamental de la ficción en la construcción de la sociedad como un organismo que se perpetúa en el tiempo y en el espacio (7). Los autores encargados del impulso de esta novela nacional—como Alas, Galdós y Pardo Bazán—se encargan de promocionar un modelo particular de literatura que pretende estudiar lo que estos autores denominan “sociedad moderna”:

This is an important statement for what is meant by society is something radically new. If we now take it for granted that the nation is a society, allowing us to talk of Spanish society in the singular despite obvious social differences, this is partly due to the realist novel's success in propagating the concept. (Labanyi 8)

Medio siglo antes de la publicación de las novelas realistas mencionadas por Labanyi, podemos hallar un claro antecedente de este impulso propagandístico en los artículos periodísticos de Ramón de Mesonero Romanos: “Grave y delicada carga es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive” (Mesonero 1). Labanyi cuestiona la idea monolítica del costumbrismo como rechazo a la modernidad y sitúa a Mesonero en la órbita de los liberales reformistas. Sus cuadros costumbristas, a pesar de que ayudan a reforzar estereotipos locales, favorecen la formación de una idea de comunidad imaginada (Labanyi 17).

Edward Baker en *Materiales para escribir Madrid* (1991) destaca la importancia de Mesonero como iniciador de una genealogía de textos que escriben Madrid antes del apogeo de la novela realista:

El Madrid que Galdós noveló, dotándolo por primera vez de una auténtica y eficaz poética de la existencia urbana, aquel Madrid, sencillamente, no hubiera existido de no ser por Mesonero, el incansable acarreador de materiales cuya labor hizo que, con el tiempo y gracias nada menos que a una revolución, la de septiembre de 1868, la capital de España fuera novelable. (56)

Mesonero muestra un Madrid que se articula como un eje comercial central unificador de todas las regiones peninsulares. La urbe de Mesonero aspira a posicionarse como un elemento catalizador de las distintas piezas del naciente estado-nación, transformándose “en un centro de poder político, económico y cultural digno de una burguesía que esté dispuesta a hacer valer sus intereses y sus normas, en una palabra, su civilización” (Baker 73). El estado liberal precisa formar ciudadanos que formen parte de la nueva sociedad, cuya puerta de entrada a la civilización es el libre comercio. Para Mesonero el epicentro de la incipiente sociedad de consumo debe situarse en la capital. En su artículo “La calle de Toledo” (1835) Mesonero dibuja una entrada a la ciudad que define Madrid como la “madre” común a todas las provincias:

Vas a entrar en Madrid (le dije) por el cuartel más populoso y animado; desde luego debes suponer que no será el más elegante, sino aquel en que la corte se manifiesta como madre común, en cuyo seno vienen a encontrarse los hijos, las producciones y los usos de las lejanas provincias; aquel, en fin, en que las pretensiones de cada suelo, los dialectos, los trajes y las inclinaciones respectivas presentan al observador un cuadro de la España en miniatura. (17)

Mesonero, como posteriormente harán los escritores realistas, imagina la ciudad como una maqueta a escala de España donde puede observarse de manera panorámica una España total. El narrador advierte que la escena no va a mostrar el Madrid de la clase alta, sino la ciudad comercial. El anhelo de poder centralizador de la capital descrito en este artículo de costumbres se manifiesta no sólo en términos económicos, sino también legislativos y educativos, ya que el objeto de la visita del pariente no es otro que llegar a Madrid “con el objeto de examinarse de escribano” (15).

La transición de un Madrid de la corte del Antiguo Régimen a una ciudad capitalina del estado liberal está sucediendo simultáneamente al momento de producción de los artículos de Mesonero. Durante estos años todavía el resultado es vacilante: “As a capital in transition, Madrid’s development into the symbolic center of a nation was likewise unsure, for while the vacant throne offered the prospect of a liberalized national government, resistance from royalist and regionalist alike pulled at the borders of the national map” (Frost 32). En 1833, tras la muerte de Fernando VII, se desarrolla una de las primeras medidas homogeneizadoras que buscan consolidar un poder central: la división territorial en provincias diseñada por Javier de Burgos: “La provincia se convirtió, pues, a partir de entonces en la unidad básica de la organización centralizada” (Álvarez Junco 536). El lugar de enunciación de Mesonero está situado en ese centro imaginado que articula la nueva disposición territorial. Hay un centro, que es Madrid, que se construye en oposición a lo que no es el centro, las provincias. Mesonero utiliza generalmente el término “provincias”, aunque todavía se refleja cierta vacilación al referirse a la zona de Andalucía, ya que su pariente “viene a Madrid desde Mairena (reino de Sevilla)” (15). Al paso de la transformación territorial proyectada sobre el mapa de la nación, Mesonero dibuja su reforma en el plano simbólico de la nación, en el que los madrileños se definen por oposición a los provincianos. En “La calle de Toledo” se construyen los arquetipos de los provincianos en el marco de las típicas producciones agrícolas de sus lugares de origen: el valenciano vende horchata, los extremeños chorizos, los manchegos vinos y los murcianos naranjas. La escritura de Mesonero naturaliza estos estereotipos productores al mismo tiempo que describe un Madrid comercial, adecuado para la venta de esos productos: “Divertíamos así nuestro camino, contemplando la multitud de tiendas y comercios que prestan a aquella calle el aspecto de una eterna feria; tantas tonelerías, caldererías, zapaterías y cofrerías; tantos barberos,

tantas posadas, y sobre todo, tantas tabernas” (20). La calle de Toledo actúa como sinécdoque de Madrid: una “eterna feria”, ciudad consumidora sin una producción particular, pero que se encuentra atestada de mercancías. El Madrid de Mesonero anticipa la ciudad galdosiana: “Galdós’s modern Madrid is a city that consumes voraciously yet produces almost nothing, obsessed only with material appearance and social status” (Parsons 56). La escena presenta un entorno híbrido donde suceden eventos dispares de manera simultánea que confunden al pariente andaluz:

acá una disputa de castañeras; allá, una prisión de rateros; por este lado, un relevo de guardia; por el otro, un entierro solemne... Favor a la justicia. –Agur camaráa. –Requiem aeternam. –Pue ya... ¡el demonio del usía! [...] –Aceituna bue... [...] Con estas y otras voces, la continua confusión y demás, mi primo se atolondró de modo que le perdí de vista y tardé largo rato en volverle a encontrar. (Mesonero 20)

La confusión reinante que desorienta al provinciano muestra una ciudad de libre circulación de mercancías, de lenguas y de dialectos, que está dejando atrás su lugar de simple corte administrativa.

Ya a mediados de siglo parece que no quedan vestigios de aquella ciudad del Antiguo Régimen que desarrollaba sus actividades comerciales bajo una dinámica precapitalista. Antonio Flores, en su artículo de costumbres “Los gritos de Madrid” (1853), describe con nostalgia una ciudad perdida en la que el comercio estaba regulado por la fuerza de la tradición y la costumbre. Flores describe la nueva concepción capitalista del comercio y deslegitima el nuevo uso de la publicidad con un comentario de marcado carácter antisemita: “Decirle a un comerciante de antaño que anunciase al público la venta de sus géneros, habría sido peor que llamarle perro judío” (*Antología costumbrista* 408). La actividad comercial del Madrid premoderno que añora Flores, al contrario que la ciudad de Mesonero, está cargada de productos locales. La ciudad no se abre a los distantes provincianos, sino a los comerciantes de las poblaciones aledañas, situadas a escasa distancia del centro de Madrid, como es el caso de Fuencarral o Leganés:

Más tarde iban entrando por las puertas de la corte los foncarraleros, como manteca; los coloraos y frescos tomates; las judías como la seda (pero seda cristiana); el repollo como escarola; las manchegas y las gallegas, patatas de las huertas de Madrid; las calabazas a cuarto y tres en dos cuartos; los chorizos de Leganés [...] y otra porción de frutas y verduras cuya venta estacional

empezaba siempre con la licencia del corregidor, y así los gritos venían a ser el calendario de los pobres. (*Antología costumbrista* 416)

Flores no puede evitar el comentario sarcástico religioso para acentuar un valor de “autenticidad” de las judías, que son cristianas, al igual que todos los demás productos. Flores juega con la palabra “judías” a la vez que reafirma la cristianidad de todos los productos españoles. Es destacable la inclusión de la figura del corregidor como representante de poder del Antiguo Régimen y su papel regulador del comercio. A los foráneos se les permite la entrada a la Corte gracias a la licencia del corregidor que está íntimamente ligada a un calendario estacional: “Sin que el termómetro empezase a bajar, no se permitía que [...] el burro manchego entrase cargado de ruedas gritando ¿ruedo?, ni que el palentino pregonara las mantas de Palen... [...] ni menos que los toledanos se diesen por maduritos, ni las garrafales de Toro” (416). Además de las mercancías, Flores ofrece un catálogo de “gritos” publicitarios autóctonos que están relacionados con oficios ambulantes relacionados con el reciclaje o la reparación de objetos:

La sebera... ¿hay algo de sebo que vender?... y el del hombre que compraba trapo y yerro viejo..., y el otro que decía ¡componer... tinajas y artesones... barreños, platos y fuentes! [...] El amolaoor... [...] ¡sartenerooo! [...] y otra multitud de voces que a todas horas estaban en el aire, y que no enumeramos por no ser molestos, eran los verdaderos *gritos de Madrid*. (416-17)

Flores denuncia una invasión comercial-acústica que ha desordenado la tradicional manera de hacer negocios. El autor costumbrista describe la naciente industria publicitaria en la prensa en términos claramente peyorativos: “la publicidad, que más tarde había de acudir a Gutenberg para no desgañitarse gritando, y cuyo hijo bastardo, el charlatanismo, no perdona hoy esquina, puerta, balcón ni ventana” (417).

Respecto a las nuevas corrientes sociales que fluyen por la capital madrileña, en el polo opuesto del aristocratizante Flores, se encuentra el folletinista Wenceslao Ayguals de Izco, quien participa activamente de la nueva situación: “Utilizando a la vez el discurso del charlatán y unas publicaciones en pleno desarrollo en el siglo XX, los periódicos, Ayguals de Izco demostró que ya había entendido las leyes del marketing” (Baulo 71). Ayguals, el llamado “charlatán”, emplea el folletín, para mostrar una imagen de la sociedad diferente a la de Flores. En *María la hija de un jornalero* (1845) presenta una imagen del Madrid comercial en plena

ebullición acorde con sus intereses comerciales: “El optimismo de Ayguals, su visión de hombre que cree en el cambio como necesidad histórica, le permite ver la evolución de las costumbres desde un perspectiva distinta” (Benítez 142). Para Ayguals toda huella del Antiguo Régimen es obsoleta y enemiga del nuevo estado liberal. De ahí viene su marcado carácter anticlerical: “[Los frailes] han aspirado siempre, como la antigua Compañía de Jesús, a hacerse los señores de la tierra; y todo sistema liberal, todo sistema de progreso en la civilización, de luces y de publicidad, era contrario a sus proyectos egoístas” (54). Las zonas comerciales de la ciudad se describen como lugares placenteros, alegres y llenos de animación, como la calle del Carmen:

vése adornada por dos hileras de mesas llenas de juguetes de plomo y otras chucherías propias para los niños, como muñecos, perritos, caballos de cartón, guitarritas, violines, atabales, pitos, angelitos de yeso y santos de barro. [...] Inmenso número de macetas de albahaca que se llevan allí para vender, embalsaman el aire, y este aroma unido al bullicio y alegría de las gentes. (37)

La Puerta del Sol se representa como un espacio populoso donde se mezclan diferentes clases sociales:

bullendo siempre de holgazanes de buen humor, de toda suerte de carruages que se cruzan, de aguadores que clamorean, de ciegos que se desgañitan, de políticos que disputan, de cesantes que bostezan, de manolas que rondan y en fin de toda clase de gentes de ambos sexos y de todas edades y condiciones que transitan, presenta el cuadro mas animado de Madrid. (147)

A Ayguals le interesan estos espacios heterogéneos donde se superponen diferentes capas sociales ya que “tiene la visión de una sociedad mejor donde pobres y ricos estén unidos” (Zavala 174). Esta idea de una sociedad más igualitaria de Ayguals, que contrasta fuertemente con la de Flores, tampoco encaja totalmente con la visión de Mesonero, que ejerce una aproximación diferente a la representación de las clases bajas. Un evento popular como la Romería de San Isidro merece la atención de Mesonero desde una posición distante e irónica. En el artículo “La Romería de San Isidro” el curioso parlante, tras una comparación con otras ferias similares, juega deliberadamente con el lector al ofrecerle una representación onírica del día de San Isidro. Sólo al final del artículo se descubre que todo ha sido un sueño y que Mesonero jamás asistió personalmente a esa fiesta de masas: “Al ruido del coche desperté

precipitado, y mirando el reloj vi que eran las 10, con lo cual tuve que desistir de la idea de ir a la romería” (55). Sin embargo Ayguals describe las fiestas populares, al igual que La Puerta del Sol, como un espacio nivelador de clase: “En la pradera de San Isidro no había distinciones ni privilegios, todo el bello ideal de una república hacía ostensible en la fraternal alegría que animaba a todos los habitantes de aquella momentánea colonia” (236). En la efímera festividad del patrón de Madrid, Ayguals proyecta su ciudad ideal utópica de ideología democrática: “su obra [de Ayguals] es de vulgarización; difunde un republicanismo democrático de vagas aspiraciones sociales que coincide con algunos programas del socialismo utópico francés” (Zavala 179). Pero por encima de todo, Ayguals es un empresario. Para que el proyecto editorial personal de Ayguals prospere, es fundamental que se haga posible la libre circulación de los bienes culturales; por eso no duda en proclamar que “la más sublime y bienhechora institución de los países ilustrados [es] LA LIBERTAD DE IMPRENTA” (55; en mayúsculas en el original). Ayguals está a cargo de una Sociedad Literaria que quedaba encuadrada en un proyecto comercial editorial sujeto a las leyes capitalistas: “Ayguals estuvo a la cabeza de una concentración vertical, un *trust*, controlando las diferentes fases del proceso de producción, es decir: los productores (autores), la producción (las obras), la impresión, la publicidad, la recepción” (Baulo 63). Ayguals, a pesar de haber sido censurado por “anti-social” (Zavala 181), encaja perfectamente en el proyecto de construcción nacional del estado liberal al contribuir, con las publicaciones periódicas, al proceso de formación de ciudadanos consumidores. Coincide, en este aspecto, con su predecesor Mesonero en la necesidad de no sólo producir bienes culturales, sino de producirlos desde un centro que los irradie: Madrid. Ayguals “está orgulloso del ambiente cultural de Madrid hacia 1845” (Benítez 146) y enumera algunos centros culturales como “el Liceo, el Instituto, el Museo Lírico y Dramático y el Museo Matritense. [...] Se han creado en estos centros cátedras públicas de literatura, de pintura, de música, de dibujo, de matemáticas...” (46-7).

Además de la fundación de estos centros culturales, para formar ciudadanos el estado liberal debía necesariamente infundir ideología nacionalista a la población. Ayguals, desde su cátedra personal, la Sociedad Literaria, irradia nacionalismo a las clases que tradicionalmente han sido olvidadas por los gobiernos: las clases obreras. En *María*, el padre jornalero de la protagonista, reflexiona brevemente sobre una idea inclusiva del concepto de ciudadanía: “Yo también he peleado por ella... [la patria] he vertido mi sangre...

¡y esta patria desagradecida me abandona! [...] El triunfo de la justicia llegará, porque los españoles ya todos conocemos nuestros derechos. El más infeliz de los jornaleros es tan ciudadano como el más encopetado personaje” (Ayguals de Izco 43). Ayguals, a través de la ficción, refuerza el proyecto estatal de crear una comunidad imaginada. Para el historiador Álvarez Junco, el proyecto se había frustrado parcialmente por la falta de presupuesto dedicado a un sistema educativo común:

No pudiendo sufragar el gobierno central los gastos del plan educativo, decretó pura y llanamente que los obligados a erigir y sostener las escuelas de enseñanza primaria serían los propios municipios [...] Este fracaso educativo no sólo constituye uno de los factores que más negativos efectos hubo de surtir sobre el proceso nacionalizador. (546-7)

El historiador concluye que a la falta de recursos económicos es preciso añadir una “falta de voluntad política” (550) que motivó la incapacidad de la administración para asumir la tarea nacionalizadora. Según Álvarez Junco, otro medio nacionalizador de masas, que sí funcionó en Francia, fue el servicio militar. En la península ibérica supuso otro fracaso, ya que no existía igualdad de trato: “un servicio militar del que los ricos se zafaban no podía considerarse patriótico. [...] Fue poco antes, en el *Manifiesto comunista*, cuando Marx escribió que el proletariado no tenía patria, que los pobres no podían sentir el patriotismo” (Álvarez Junco 550). Ayguals propone la milicia urbana como institución alternativa al ejército, ya que este cuerpo de nuevo cuño ha sido formado desde la ideología liberal. El papel de la milicia urbana, de la que forma parte el padre y el hermano de María, es fundamental en el desarrollo de su folletín: “[las autoridades] CONTABAN CON LOS DEBERES E INTERESES COMUNES QUE LIGAN A TODOS LOS LEALES AMANTES DE LA PATRIA, CON LA MILICIA URBANA...” (Ayguals de Izco 53; en mayúsculas en el original). Aunque existía un marcado carácter local en la milicia urbana, en oposición al ejército nacional, la nueva institución adquiere paradójicamente una función nacionalizadora: una vez más, desde Madrid, se percibe la guardia urbana como elemento civilizador y unificador de clases que integra a la masa trabajadora en el proyecto nacional liberal.

Más allá de de un sistema educativo público estatal y el servicio militar, Álvarez Junco menciona los símbolos y los monumentos como factores nacionalizadores de masas: “una bandera es, desde

luego, lo primero que diseña todo el que concibe un proyecto nacional” (553). Sin embargo, según el historiador, no se puede hablar de bandera nacional en el siglo XIX ya que, aunque fue adoptada por los revolucionarios liberales y más tarde por la Restauración, “se usó con tan poco entusiasmo que hasta 1908 no se dispuso oficialmente que la bandera ondeara en todos los edificios públicos” (554). Ante la vacilación estatal de promover una bandera nacional, Ayguals impulsa la legitimidad de la bandera liberal en una digresión de tipo histórico sobre la revolución de Cádiz de 1812: “Higinio García fue en efecto fiel intérprete de la voluntad nacional, porque ya no quedaba en España una sola aldea en donde no agitara el viento la hermosa bandera que enarboló en Cádiz el orgullo nacional” (Ayguals de Izco 308). Respecto a los monumentos, durante el siglo XIX no “se dio suficiente impulso a la construcción de monumentos que honrasen los valores, héroes o glorias nacionales” (Álvarez Junco 557). Ayguals, al igual que Mesonero, describe pormenorizadamente los monumentos que le parecen más relevantes. De la época absolutista, la única escultura urbana que le place a Ayguals es la dedicada a Cervantes: “Este monumento es uno de los pocos buenos recuerdos que nos dejó Fernando VII poco antes de morir, entre los infinitos males que su despótico reinado causó a la España” (145). Ya de la época liberal, Ayguals dedica cuatro páginas a describir el nuevo monumento a los “héroes del 2 de mayo”, páginas verdaderamente celebratorias: “este majestuoso monumento, en el cual se celebran todos los años el DOS DE MAYO un aniversario solemne, al que concurren las autoridades y el pueblo madrileño, con toda la pompa fúnebre que merecen tan tristes como gloriosos recuerdos” (221). Ayguals muestra un lugar de comunión en el que se representa a las clases dirigentes unidas a las clases populares; sin embargo, según Álvarez Junco, “la atención que recibiría el lugar fue escasa: sólo durante la fiesta, relativamente devaluada, del Dos de Mayo, y sólo como una parte de los actos; la otra era una misa de *Réquiem*” (Álvarez Junco 558). Ayguals apuntala, desde el papel, los intentos del estado liberal de forjar en piedra representaciones nacionales en la capital del estado. Al mismo tiempo, forma madrileños y les muestra una manera de leer la ciudad, coincidiendo nuevamente con su predecesor: “Mesonero devoted these decades to urbanization and publishing projects geared toward getting not only monied tourists, but also *madrileños* themselves to perceive the historical streets and buildings of Madrid as rich channels of power and global cultural influence” (Haidt 25).

Siguiendo los argumentos de Haidt sobre cultura visual en Mesonero, es reseñable destacar brevemente el papel de la

representación teatral en el imaginario de la ciudad. Ya en el último tercio del siglo, en la época del desarrollo de la novela realista, se representa en Madrid una zarzuela, de Felipe Pérez y González, en la que se proyecta plenamente el ideario liberal: *La Gran Vía* (1886). Más allá de la contribución de la zarzuela a la mitificación del Madrid de los bajos fondos y sus tipos, y el debate sobre la modernidad que se desarrolla durante los primeros cuatro cuadros, es destacable, para el estudio que nos ocupa, el último y quinto cuadro. En el final de la representación se incorpora por primera vez en el espectáculo la imagen del personaje principal de la revista, la futura Gran Vía:

A uno y otro lado habrá en toda su extensión kioscos anunciadores, iluminados por dentro. En sus cristales figurarán los títulos de los principales periódicos de Madrid, sin distinción de colores políticos. En el centro de la plaza se eleva un monumento al que sirve de remate la estatua de la Libertad, que tiene en la mano derecha la bandera española. (*Antología del género chico* 356)

Pérez y González construye desde su libreto el sueño de un Madrid liberal a través de la representación visual de una monumentalidad nacionalista. Además de la inclusión de la bandera como insignia nacional, y de la estatua como símbolo republicano, la gran avenida que imagina el libretista incluye una constelación de escaparates que anuncian todo tipo de periódicos: El deseo ansiado de Ayguals de libertad total de prensa se traslada al escenario de un teatro. Sin embargo, la majestuosa representación de la calle en la ficción de la zarzuela, quedará muy lejos de la Gran Vía finalmente construida a principios de siglo XX, y cuyas obras serán inauguradas por el rey Alfonso XIII con un martillo de plata y toda la pompa de la monarquía.

Como conclusión, es reseñable destacar el papel fundamental en la creación del imaginario de “sociedad”, de productos culturales masivos, de corta extensión y proyectados desde Madrid. La ciudad que se presenta en Mesonero, desde la posición panóptica del narrador, se revela como un centro consumidor que acumula bienes producidos en distantes regiones periféricas. La idea de sociedad está íntimamente ligada a la de libre circulación de capital, no sólo industrial o comercial, sino también de capital cultural. Así mismo, los artículos críticos del nostálgico Flores confirman un cierto éxito del plan liberal-capitalista, y evocan la añoranza de un Madrid premoderno ubicado en un pasado no muy lejano. El proyecto editorial de Ayguals se basa en un concepto global de producción

cultural que demanda consumidores al mismo tiempo que educa en nacionalismo, especialmente a las clases obreras; busca, simultáneamente, la favorable integración de estas clases en el proyecto liberal. Tanto en los artículos de costumbres de Mesonero como en el folletín de Ayguals se destaca la formación de una cultura visual urbana que pretende facilitar el aprendizaje de una cultura nacional común. El imaginario de esa cultura visual es representado teatralmente en la última escena de *La Gran Vía*. El cuadro revela un éxtasis moderno: la futura avenida de Madrid (poder central) está presidida por una simbología monumentalista liberal-republicana, y flanqueada por capitales culturales (la prensa) que se muestran espectacularmente en los escaparates a la espera ser consumidos.

OBRAS CITADAS

- Álvarez Junco, José. *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus, 2001. Print.
- Ayala, M<sup>a</sup> Ángeles y Rubio Cremades, Enrique. *Antología costumbrista*. Barcelona: El Albir, 1985. Print.
- Ayguals de Izco, Wenceslao. *María la hija de un jornalero. Historia – Novela original*. Madrid: Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco, 1847. Print.
- Baker, Edward. *Materiales para escribir Madrid. Literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós*. Madrid: Siglo XXI, 1991. Print.
- Baulo, Sylvie. “Prensa y publicidad en el siglo XIX: el caso de la sociedad literaria de Madrid (1845-1846)”. *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispano contemporáneo. Homenaje a Jean François Botrel*. Ed. Jean Michel Desvois. PILAR (2005), 61-71. Print.
- Benítez, Rubén. *Ideología del folletín español: Wenceslao Ayguals de Izco (1801-1873)*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1979. Print.
- Flores, Antonio. “Los gritos de Madrid”. *Antología costumbrista*. Ed. María Ayala y Enrique Rubio Cremades. Barcelona: El Albir, 1985. Print.
- Frost, Daniel. *Cultivating Madrid. Public Space and Middle Class Culture in the Spanish Capital 1833 – 1890*. Lewisburg: Bucknell Press, 2008. Print.
- Haidt, Rebecca. “Visibly Modern Madrid: Mesonero, Visual Culture, and the Apparatus of Urban reform”. *Visualizing Spanish Modernity*. Ed. Susan Larson & Eva Woods. New York: Berg, 2005. Print.
- Labanyi, Jo. *Gender and Modernization in the Spanish Realist Novel*. Oxford/New York: Oxford University Press, 2000. Print.
- Moral, Carmen del. “La mitificación de Madrid en el género chico”. *Revista de Occidente* 128 (1992): 69-82. Print.

## LUCERO

- Parsons, Deborah L. *A Cultural History of Madrid. Modernism and the Urban Spectacle*. Oxford: Berg, 2003. Print.
- Pérez y González, Felipe. *La Gran Vía* (1886). En *Antología del género chico*. Ed. Alberto Romero Ferrer. Madrid: Cátedra, 2005. 305-356. Print.
- Romanos Mesonero, Ramón de. *Panorama matritense (Primera serie de las escenas)*. Madrid: Ilustración española y americana, 1881. Print.
- Romero Ferrer, Alberto. *Antología del género chico*. Madrid: Cátedra, 2005. Print.
- Zavala, Iris M. "Socialismo y literatura: Ayguales de Izco y la novela española", *Revista de Occidente*, 80 (1969), 167-188. Print.